



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

Lesueur es el autor del cuadro que tienen al frente nuestros lectores; el pintor, no solo ha sabido dar expresión á todas las figuras, imprimiendo á su composición el carácter severo y grave que requiere la escena sublime del Descendimiento, sino que ha conseguido presentar con novedad este episodio de la vida del Salvador, tantas veces representada en el lienzo por los artistas mas célebres del mundo.

PASO DEL RIO ULLA POR SAN JUAN DA COVA (1).

Desde el *Puente-Ulla* se acerca el viajero por un sendero estrechado por los mimbres é inseguro por el surco de los arroyos, á la mole granítica de *San Juan da Cova*, que se estiende y abulta sus formas,

como el último término de la fantasmagoría. Al través del verde-gay del césped humedecido por la niebla de la mañana, se distingue la caries secular de este tubérculo titánico, formado por los aluviones de los siglos. Los cambiantes desaparecen, las medias tintas se borran, la suave armonía de un valle se cambia en la árida lontananza de una montaña. El viajero contempla una naturaleza greñuda, salvaje, de anchos surcos y profundas sajaduras, indecisa entre la ley de gravedad y el derrumbamiento. Entonces adivina los saltos espumosos de agua, las cascadas bullidoras, los torbellinos del viento, la creciente del álveo. *San Juan da Cova* es el aljibe de las tormentas, el odre de los vientos de la fábula. Los habitantes del campo le llaman *el pozo*. Bien dicen los aldeanos, que del *Pico-Sagro* salen las tempestades que barren los sembrados.

Al acercarse el viajero á los bancos de este promontorio, tal vez abierto por el rayo, surcado por el río, ahondado por el torrente y ensanchado por los años, se reconoce el paso violento del hierro, del fuego y del agua; los primitivos elementos se han conjurado contra la

9 DE ENERO DE 1853.

(1) Este artículo pertenece á una descripción inédita de la *Ulla-baja*, bajo el título de UN VALLE DE GALICIA.



tierra (1). *San Juan da Cova* no es un salto de agua, una cascada, un *tajo*: es un camino cubierto que abrió el río para llegar al mar. Es el desgaste secular de un lago que ha mellado siglo á siglo, capa á capa, la hercúlea vertiente de cuarzo del *Pico-Sagro*: glasis gigantesco de esa pirámide de toscas aristas que domina el valle como el castillo señorial de los siglos. El agua señaló el *paso*: los años y los hombres hicieron lo demás. Se franqueó el camino cubierto. Desapareció el remoto lago de la *Ulla-alta*, y se ahondó lentamente el *paso de San Juan da Cova*.

Entregado el viajero á una insegura barca, que fluctúa oscilante como un ave muerta en las colinas y precipitada en el río, se fatiga en medir con sus ojos las dos montañas, separadas, no por rápidas pendientes y precipicios sombríos, sino por sinuosidades agrestes que ya lanzan en el río sus flancos abultados por la yedra y la retama, ya impacientan las tranquilas orillas del *Ulla* en profundas ensenadas cubiertas de laurel y sauces. Cuando se cruza el *paso*, como no se reconoce de una mirada la línea que sostiene el azul del cielo, parece que se derrumban ambas montañas, y el viajero vuelve los ojos hacia las márgenes del río para reconocer el asiento inmóvil de la sierra.

La soledad se alberga en los sombríos remansos de las aguas. Murmullos vagos, rápidos, inarticulados, van á morir en las corrientes del *Ulla*. Son los acentos melancólicos de las invisibles náyades, cuyo casto seno ocultan de la ávida mirada del viajero. Se recogen llorando como las doncellas sorprendidas en el baño. El eco apaga estas melodías del agua removida, estas cadencias sostenidas por las linfas murmuradoras en derredor de un guijarro ó de una raíz desprendida; dulcísimos acentos modulados por el aire, que cautivan la imaginación como una plegaria sin templo, como un arrullo sin cuna. El agua refrena su curso; la brisa llega desvanecida al fondo del precipicio; la luz baja hasta el río á medida que el sol sube al Mediodía.

En las crestas de las montañas no asoma el cuervo ni se espanta la cabra: no se encuentran senderos para los hombres y las ovejas. Desaparece el pastor, que es el hombre de la soledad. Desaparece el viajero, que es el hombre de las veredas públicas. Desaparece el anticuario, que es el hombre de las ruinas. El buitre ó el milano, tan elevado para el barquero, tan cercano á la cima de las montañas, cruza el espacio como un relámpago de vida. Apenas se le distingue, porque no hay tiempo para medir con la vista la elevación de su vuelo, descubierto por el estrecho sendero de colina á colina. Sobre el rápido vuelo de las aves se reconoce la lenta y perezosa corriente de las nubes. Las aves sobre los hombres: Dios sobre los hombres y las aves.

Las dos montañas del *paso de San Juan da Cova* que se remontan á doscientos pies de elevación sobre el nivel del río *Ulla*, estrechan sus márgenes en un espacio de diez á doce pies, y ahondan su álveo en un *pozo* de setenta y ocho pies de profundidad. Una tranquila ensenada estendiéndose sus aguas antes de llegar al estrecho. En la embocadura del *paso*, del Sudoeste al Nordeste, se reconocen los vestigios de un muro practicable que llegaba hasta la esplanada de la orilla izquierda del río; en la pendiente de un pequeño banco que se adelanta como un reducto natural, se distingue el marco de una puerta sin dintel, que guía al viajero á una hondonada que no llega al río, entorpecida por los escombros de un antiguo monumento, que ya prision, ya ermita, ora convento, ora atalaya, revela la audacia humana, colocando una miserable fábrica de piedra amenazada por los *aludes* del invierno. Los monumentos tienen sus precipicios como los hombres: un templo ó palacio levantado en el declive de esta montaña equivale á una cuna colocada bajo el ángulo de un techo arruinado. Al distinguir en la pared natural de la sierra un hueco requemado, al cual conceden las proporciones de un antiguo altar, comparecen delante del viajero los tiempos primitivos de la Iglesia. Se comprende el cenobitismo errante, la oración solitaria, el apartamiento místico de los placeres mundanos. La fantasía cree distinguir la sombra de un anciano de barba encanecida, cuyos desnudos pies gastan el césped, marcando entre las ruinas y las retamas, senderos invisibles que siguen al mediodía los largos de la montaña. Se adivina el acento melancólico de la campana de una ermita, conjurando la tempestad y elevando al cielo el himno de la soledad, acompañado del órgano de los torrentes y de las cascadas. La perezosa niebla que se aparta del fondo de un oscuro sumidero, disipando sus emborronados celajes entre los retorcidos troncos de la yedra, representa los sayales de una comunidad de ermitaños que salen

á calentar al sol sus vestiduras humedecidas en una miserable catacumba.

En medio del *paso* se encuentra el espacio llamado la *tinaja*, por el remolino de las aguas impelidas: así se descubre que debajo del río los derrumbamientos han elevado multiplicados promontorios inaccesibles á los vivos. Mas allá, un nuevo dique revela que este inmenso pulmón donde respira el río para fecundar el valle de la *Ulla-baja*, ha sufrido una violenta cortadura, formando una vega en declive, que se parece á la puerta de un buque: su figura casi elíptica, comprimida hacia la eminencia, le ha dado el nombre de *bodega*. La vegetación sale entre las grietas del cuarzo, en los encuentros de las peñas, en el *humus* apilado por los aluviones, y en los escombros calcáreos de las ruinas; el río refleja en sus oscuras y tranquilas aguas el follaje de los árboles, como un paisaje fantástico que el arte coloca en lontananza, en el fondo del marco de una ventana ó detrás del dintel de una puerta. La barca deshace los troncos dibujados en la corriente, y á su paso las hojas se desprenden de las ramas multiplicadas en el agua, como el viento de otoño hace rodar en los bosques las hojas secas que enjugan durante el invierno los mojados harapos de los pastores. En cambio las dos eminencias del *paso* se adelantan, presentando un angosto cauce que cierra como un estanque las aguas del *Ulla*, hasta que revolviendo la barca, se descubre el recodo sombrío que entorpece las corrientes del río, desgastando su elevación en las pendientes descarnadas que bajan hasta el árido valle que se encuentra al lado opuesto de *San Juan da Cova*. El viajero se imagina que cruza las tranquilas aguas de un dique, entre los gigantescos costados de dos navíos que han resistido las borrascas del Océano. Aquí se distinguen masas silíceas de formas irregulares y caprichosas, cuyo glúten se descompone con la acción del aire, rodando sus fragmentos por la pendiente, que ya parecen grupos recatados de personas ocultas, ya pelotones de hombres sospechosos.

Allí se reconocen heridas restañadas en la epidermis de la sierra: fuentes de escasa agua, que como la sangre coagulada sobre un cadáver, dejan un rostro oscuro y limoso en las grietas de la montaña. Acá, en una eminencia que es una cúpula irregular de cuarzo quebrantada sus cimbras por la yedra y abultadas sus aristas por el musgo, un manojito de sarmientos adelanta sus descarnados músculos hacia el río, como lanzas apiladas en una torre de defensa. Acullá una sajadura gigantesca como una amputación enconada por el estremecimiento de las tormentas, señala un desmoronamiento irresistible, cuyo eco se estenderá por el valle con el violento estampido del trueno. Un pino de greñuda copa, como un bandido acostado al sol, echa sobre el río su cabeza inmóvil. El rayo ha señalado su descomposición entre las brillantes cristalizaciones de cuarzo, con un surco pavoroso y sombrío, que á la distancia en que se encuentra el viajero se parece á una culebra estendiendo su cabeza sobre la cima de la eminencia para espiar el vuelo indeciso de la alondra. En los huecos de las peñas, formados por el sacudimiento de las tormentas, se descubren los nidos de las golondrinas como cunas salvajes suspendidas sobre los torrentes. Las aves del desierto extienden su cuello y baten sus alas contra la montaña rastreando el angosto asilo donde se percibe confusamente el lánguido pio de sus crías, como en el alero de la ermita solitaria ó en la grieta de la almena arruinada. Las golondrinas rizan al pasar las aguas del río, y torciendo su vuelo dejan ver el albo plumaje de su pecho, como si llevasen en el pico una mariposa de alas blancas. El viajero las sigue con la vista y admira en silencio cómo la maternidad se esconde sobre el albergue de los reptiles emponzoñados y debajo de las peñas apiladas por los derrumbamientos. El color oscuro y sombrío del *Ulla* detenido y ahondado, apenas se refleja en el color de tierra sombría de las eminencias. El sol esparce sus rayos al través de las retamas y de los sauces, y en los remansos de las aguas presenta focos de luz vacilante que descubre en la superficie las arenas del fondo.

El viajero emplea cuatro minutos en la travesía del *paso de San Juan da Cova*. El río se comprime, y el horizonte es interrumpido por la revuelta gigantesca de las dos montañas. Después, mirase atrás ó adelante, la naturaleza vuelve á sonreírse ataviada y florida. Es el día saludado desde la puerta de un calabozo; es la aurora que disipa la penumbra de una noche oscura. El doble panorama que se presenta al viajero es delicioso y sorprendente: en lontananza se descubren bosques, capillas, alquerías, viñedos, campos cubiertos de inquietas espigas y prados de suave entonación. En cambio el *paso de San Juan da Cova* es el fondo oscuro de este paisaje pintoresco: colocado en medio de ambos valles, es el lindero titánico de dos comarcas. No alimenta una vigorosa vegetación, porque los árboles no pueden refrenar sus sacudimientos: abre sus compuertas naturales al río *Ulla*, porque trae consigo los torrentes y avenidas que corresponden á sus tormentas hercúleas. Allí hará morder las aguas tumultuosas en sus ángulos de hierro. Rompa el rayo las plomizas nubes, y desgaje una roca, lleguen una tempestad, y ensanche la mina abierta por los siglos; su mole in-

(1) El rompimiento del río *Ulla* en *San Juan da Cova* habrá sido ocasionado por un gran catarata, auxiliada de un desagüe artificial, como ha tenido lugar en el peñascal de *Rebaredo* (provincia de Orense) para dar salida á las aguas de la laguna *Antela* ó de la *Limia*. Las mesetas de las dos montañas que suben hasta su cima, las condiciones geológicas de la eminencia interrumpida, y el terreno de aluvion que se descubre en las tierras superiores, revelan que una abundante cascada se abrió paso en *San Juan da Cova*, ensanchando sus proporciones el trabajo multiplicado de los esclavos romanos, y el laboreo de los siglos. En un principio el valle de la *Ulla-alta* corría un prolongado lago. En el *Monte Das Lousas* (contiguo á una de las eminencias del *paso de San Juan da Cova*) aun se reconocen los bancos de arena que aoran en el fondo las corrientes de los ríos.



(Paso del río Ulla por San Juan da Cova.)

mensa buscará nuevas mesetas, echando tierra y escombros sobre el río. Aun puede desafiar la cólera de los elementos, hasta que el hundimiento de sus rocas, amontonadas en el fondo del *paso de San Juan da Cova*, vuelvan á interrumpir la corriente de las guas.

Ulla baja, setiembre, 1851.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

CARTAS SENTIMENTALES Á POLUX (1).

I.

Elloes, amado Po'ux, que del que tiene fortuna todos dicen que ha nacido de pié, y yo tengo para mí que en esto del nacer, cada cual tiene su manera de hacerlo. Desde que me he dado á pensar en cosas serias, que no es poco para ser hombre, ha llamado mi atención el modo de entrar en esta nuestra vida, que á ser menos larga, no dejaría de tener sus momentos divertidos. Mi madre tenía un criado fiel, un buen hombre, un viejo veterano, que había sido sargento de la compañía de mi padre, y que no tenía mas religion que la ordenanza, ni mas Dios que su capitán. ¡Pobre hombre! ¡y cuán agradecido le estoy! El me ha contado el cómo de mi nacimiento. Cuando hago desandar á mi memoria el fatigoso camino de mi vida, y volver de lo presente á lo pasado, de la vejez á la juventud, y de la juventud á la niñez; cuando recorro esta fantástica galería, donde el tiempo ha borrado las huellas de mis pasos, y que en otra época pasé con la sonrisa en los labios ó las lágrimas en la mejilla, corriendo tras de una mujer ó apoyado en el brazo de un amigo, dejando caer aquí una flor y mas allá un suspiro, hoy contemplando una cuna, mañana arrodillado ante un sepulcro; cuando evoco los primeros recuerdos de la infancia, se levanta siempre en mi pensamiento la noble figura del viejo veterano, con su gigante talla, tostado su rostro por el sol del campamento, ennegrecidos sus labios de morder el cartucho, y con sus largos bigotes de granadero, blan-

cos como la espuma del jabón. Eso sí, aquel hombre tan marcial tenía el corazón de un niño. ¡El pobre soldado me quería tanto! Ya se ve, como él decía, limpiándose con la manga de su raída casaca las lágrimas que brotaban de sus ojos, «¡como que yo era el hijo de su capitán!» Todas las tardes en que el cielo estaba azul, se me acercaba, y dándome un golpecito en el hombro me decía: «vamos, señorito». Entonces le alargaba mi mano, que era blanca y suave como un copo de algodón (porque cuando niño dicen to-los que era muy bonito), y él me llevaba, no sé por dónde, porque de esto sí que no me acuerdo, á la orilla del mar, donde era de ver lo que me divertía cogiendo conchas y caracoles. Tadeo, que así se llamaba, se sentaba sobre una roca, y yo le llenaba sus grandes bolsillos con las piedras mas bonitas. En mi inocencia creía que el mar se las dejaba allí para que yo jugase con ellas. Los mas de los días solía contarme el pobre viejo alguna de sus campañas, lo cual me distraía mucho; pero cuando me hablaba de mi padre ó de mi madre siempre me hacía llorar: es verdad que á él también se le humedecían los ojos.

Mi padre era muy buen mozo y había dado en la rara manía de tener pundonor, en tanto que sus compañeros de armas habían dado en la de medrar. Luego, como mi padre sabía mucho de latin y aquello de *dulce, et decorum est pro patria mori*, era el aso que siempre se arrojaba el primero á la brecha. Un día marchaba á la cabeza de su compañía á tomar un reducto, y... ¡pobre padre mio! Tadeo me ha contado esto. El general dijo que mi padre había muerto como un héroe, y mandó buscar su cadáver para coronarle de laurel. Pero fué la desgracia, que una bala de cañón le había llevado su cabeza, y no encontraron donde ponerle la corona. *Dulce, et decorum est pro patria mori*. Mi madre no sabía latin y dijo que mi padre había muerto como un bruto. Entre el dicho de un gran general y el dicho de mi pobre madre, que no sabía mas, y no es poco; que querer á su marido; entre el morir como un héroe ó el morir como un bruto, hay alguna diferencia. Mi madre debía estar equivocada: mi padre ganó mucho con que le mataran. Y no fué para ella lo peor el quedar viuda, sino el quedar en cinta; y sobre todo el ser yo el fruto que llevaba en su seno. Yo soy hijo póstumo. La muerte de su marido afligió tanto á la buena señora, que de día en día iba desmereciendo. Todas las tardes, al volver de sus faenas, la encontraban los aldeanos sentada sobre la piedra negra que ocultaba cuanto para ella había en el mundo. Un saquecillo caía sobre aquella tumba solitaria su doloroso ramaje, al través de cuya verdura buscaba mi madre con avidez un girón de cielo en donde enclavar la vista. Los campesinos, quitándose el sombrero, pasaban con religioso silencio por aquel lugar de dolor, sus mugeres mezclaban sus lágrimas

(1) Nuestros suscritores habrán observado que tenemos por costumbre abstenernos cuidadosamente de elogiar los trabajos que aparecen en el SEMANARIO; hoy sin embargo nos creemos en el deber de llamar la atención hacia este precioso artículo, que á su mérito literario reúne la circunstancia de ser la primera obra de un joven, cuyo buen talento revela esta linda producción.

con las de la desgraciada esposa, y sus hijas coronaban de flores la tumba del soldado. Mi madre, lo mejor que podía, daba las gracias á aquellas buenas gentes; «Dios, les decía, se ha apiadado de mí, cada día me siento peor, pronto me llamará á su seno para devolverme á mi esposo.» Y no se equivocaba: un día se puso mala, tan mala que Tadeo asustado fué en busca de un médico. Este, después de media hora de meditacion, declaró que mi madre estaba de parto y que se moría de falta de fuerzas, pero que esto no importaba, que él era muy diestro y que salvaría al hijo, es decir, que me salvaría á mí. ¡Maldito sea el médico! Sin duda alguna que yo debí de oírle, y que debía entonces tener mas talento que ahora, porque me empeñé en no nacer y en no querer sufrir la luz del día. Pero no hubo remedio, el doctor hizo de las suyas, y mi madre se murió y á mí me hizo nacer. ¡Madre mía! ¡qué humanos son los médicos! han pasado desde entonces muchos años y no he olvidado nunca el favor que me dispensó la ciencia. Ya conozco esta vida. Mi cuerpo fatigado de sus placeres espera descansar pronto en las cuatro tablas de un ataúd; y una almohada de mármol para mi abrasada sien, es el solo deseo de mi corazón! Si el destino del hombre es el sepulcro, ¿qué mejor sepulcro que el seno de una madre?

CASTOR.

LOS DOS AÑOS.

(RECUERDOS Á UN AUSENTE.)

Voy á dirigirte á tí, oh caro amigo del alma mía, y no sé cómo referirte lo que en este momento indefinible experimenta mi corazón. Semejante al poeta que teniendo en sus manos el arpa de sus sueños, no sabe espresar las impresiones de su mente, y se pierde en vagas y descoloridas armonías que solo alcanzan á reproducir alguno de sus suspiros, quiero yo con el instrumento divino de la palabra, rudo é insuficiente en mi poder, dar forma á las confusas ideas que envuelven mis facultades, cuando al sentir resbalarse á la eternidad el año que acaba de morir, y al columbrar la aurora del que le sigue en el círculo de los tiempos, me acuerdo de tu amistad que tanto me vivifica, y te busco en vano por mi rededor.

Y no te estrañes de mi lenguaje vago y solemne por demás, en comparacion del sencillo y descuidado que siempre ha sido el intérprete de nuestros sentimientos. Harto comprendes, tú que tienes un corazón grande de poeta, harto comprendes el inesplicable misterio de ciertas horas de recogimiento y de aspiracion, en que el alma, que no acierta á darse cuenta de sí misma, responde á una impresion desconocida, semejante á la campana que en la oscuridad de la noche es herida por una mano invisible. Yo, como el pintor que copia las inspiraciones de otro artista, debo tratar de reproducir el original que tengo ante mis ojos; y pues el que veo está velado en una tinta general que no permite á las ideas destacarse con entera precision, tendrán que ser vagas y misteriosas mis palabras, en aproximado reflejo de mis pensamientos.

¿No comprendes tú como yo que nazcan estas estrañas fantasías, que se sientan estos sacudimientos intimos en un alma jóven y apasionada, al meditar en el punto de union de dos años que se tocan y se rechazan, al verse colocada como en el limite de dos eternidades?

No, no es un acontecimiento sin importancia, propio para herir solamente el alma tímida de ciertas personas que son en la vida como la sensitiva en los campos, la primera hora de un año que viene á llamar á nuestra alma. cuando casi puede decirse que resuenan todavia las postreras del que acaba de espirar en el vacío de la nada. Mas de un corazón rudo y fuerte, de esos corazones que parecen nacidos para ser siempre dueños de sí mismos, mas de uno tiembla en semejantes circunstancias, sin saber definirse las varias sensaciones que le embargan. Esto es por ese hilo invisible que une á todos los hombres haciéndolos uno solo; por ese principio comun que todos llevamos como en germen, y que solo se manifiesta realmente en aquel poder invencible de quien decía el gran vate del Lacio que pisaba á su vez:

Pauperum tabernas, regumque turres.

Estamos tan acostumbrados á devorar nuestras ideas, que no parece, en la prisa con que pretendemos salir de unas para apoderarnos de otras nuevas sino que á ninguna damos importancia, y que carecen de valor á nuestros propios ojos. ¿Por qué, pues, querer desechar los pensamientos que inspiran el año nuevo por cuyas puertas entramos, y el año viejo que nunca mas veremos, como si nada simbolizasen, como si nada dijese al corazón de la humanidad entera? Si se me quiere decir que tal diferencia entre ambos no existe realmente porque los años son una medida de tiempo convencional adoptada por el hombre mismo, responderé que estas impresiones de que hablaba no nacen de un

guarismo mas en el número de la vida, sino de que solo en tal momento se echa de ver, á efecto de la misma forma con que hemos revestido al tiempo, el tropel de nuestros días, que para siempre se van perdiendo, llevándose consigo muchos bienes desconocidos que hubieran podido hacer nuestra felicidad.

¿Qué significa la estraña asociacion y disociacion de esos dos seres increados, cuando tanto influye en la poderosa imaginacion del hombre?

Del mismo modo que suele, conforme va adelantando en su camino, recordar lleno de dolor y de placer sus pasadas edades, el mancebo su infancia, el hombre su juventud, el anciano su virilidad; del mismo modo, al sentir la última pisada del año que termina su viaje, empieza á renovar las marchitas ideas que en su memoria dormian, alegrándose las mas veces de sus pasados dolores, y entristeciéndose suavemente por sus gozadas alegrías. ¡Es tan agradable el culto de los recuerdos!

Enciérrase entonces en su memoria como en un santuario para conversar siquiera un momento con aquellas imágenes fugitivas que acabarán pronto por desvanecerse. Conoce que el nuevo período de su existencia que ya le llama, le traerá en mayor número pesares que combatir, y goces que poder hacer suyos, y trata de consagrar á las dichas que se disipan, algunas horas mas de recogimiento. Si, la vida es una progresion continua de males y bienes; y no solo por esto, sino porque lo pasado se pierde en las sombras del recuerdo, la nueva perspectiva que cada año le ofrece, tiene mas imperio sobre él, y concluye al fin por hacerle olvidar todo lo que ya no es, para entregarse de lleno á lo que pronto debe de ser. Así su alma, dirigiéndose al primero, esclama copiando el acento de la poetisa:

«Adios, el que caminas
á hundirte en lo pasado:
mis ojos con tristeza
te ven desaparecer;»
.....

mas viendo ante sí el impenetrable secreto del que le va á seguir, y sospechando que tal vez sean menos sus dichas futuras que las que en tal instante lamenta ya pasadas, vuelve á añadir con mayor desconsuelo:

«Ay! tal vez mas ingrato
el año venidero,
me hará con triste envidia
tus horas recordar;
que siempre mas agudo
es el dolor postrero,
y es siempre mas amargo
el último pesar.»

Lleno de estos fecundos pensamientos, tan estériles é impotentes espresados por mí, me he puesto á dirigirte estas líneas, recordando tu vida y la mía pasadas, y queriendo descender el velo que oculta la porvenir.

Tú y yo somos semejantes á dos viajeros, de los cuales uno cansado ya de recorrer el áspero camino que creía conducir á la felicidad, se sienta desconsolado, si bien con la esperanza de que recobradas sus fuerzas con el descanso, podrá comenzar de nuevo su marcha por otra senda mas cierta y menos desapacible; y el otro, entrando por primera vez en un terreno halagüeño cuanto desconocido, camina con viva ansiedad como si fuera á tocar el apetecido término de sus deseos. ¡Conseguiremos acaso lo que anhelamos, esa dicha indefinible, que semejante al *deus ignotus* de los antiguos, no está revestida en la tierra para nosotros de forma alguna, y que sin embargo existe mas ó menos lejana, pues que tan enérgicamente nos la atestigua nuestro corazón?

Ambos respiramos en la juventud, y sin embargo se puede decir que tú estás en su tarde, si yo me encuentro en su mañana. Y ve aquí por qué tiene para nosotros tanta significacion un año mas caído en el espacio en que se reducen todos á la nada. En la presente sociedad se suceden con tanta rapidez nuestras ideas, son tan multiplicados nuestros goces y dolores, que vivimos en un año lo que en eras mas apacibles y sencillas se vivía en un lustro. ¡Cuánta esperiencia no atesoras tú mas que yo, tan solo porque tuviste la fortuna ó la desgracia de nacer unos pocos años antes!

Recuerdo tu juventud, que es como el año pasado de tu vida; y la veo erizada de espinas: recuerdo mis pasados días, que son tambien como el último de la mia, y los veo mas serenos que los tuyos; pero después que miro hacia adelante, después que trato de ver en el fondo de lo que está por venir, se trueca la perspectiva, y tu existencia me aparece llena de la paz del cansancio y del descanso, y la mia agitada con las vicisitudes del dilatado camino que en alas del entusiasmo y de la pasion tengo á mí vez que recorrer. ¿Y esto por qué es así? Esto es porque en la juventud, edad de oro del mortal, está contenido un

doble germen de mal y de bien, los cuales tienen forzosamente que producir y dar sus frutos, fecundados al calor de su propio corazón. Tú que en poco tiempo la recorriste ya, has recogido los bienes y los males que en sí lleva; yo que estoy empezando á cruzarla, no puedo menos de pagar también mi tributo, y de prepararme á gozar de sus brillantes alegrías y de sus extraños padecimientos.

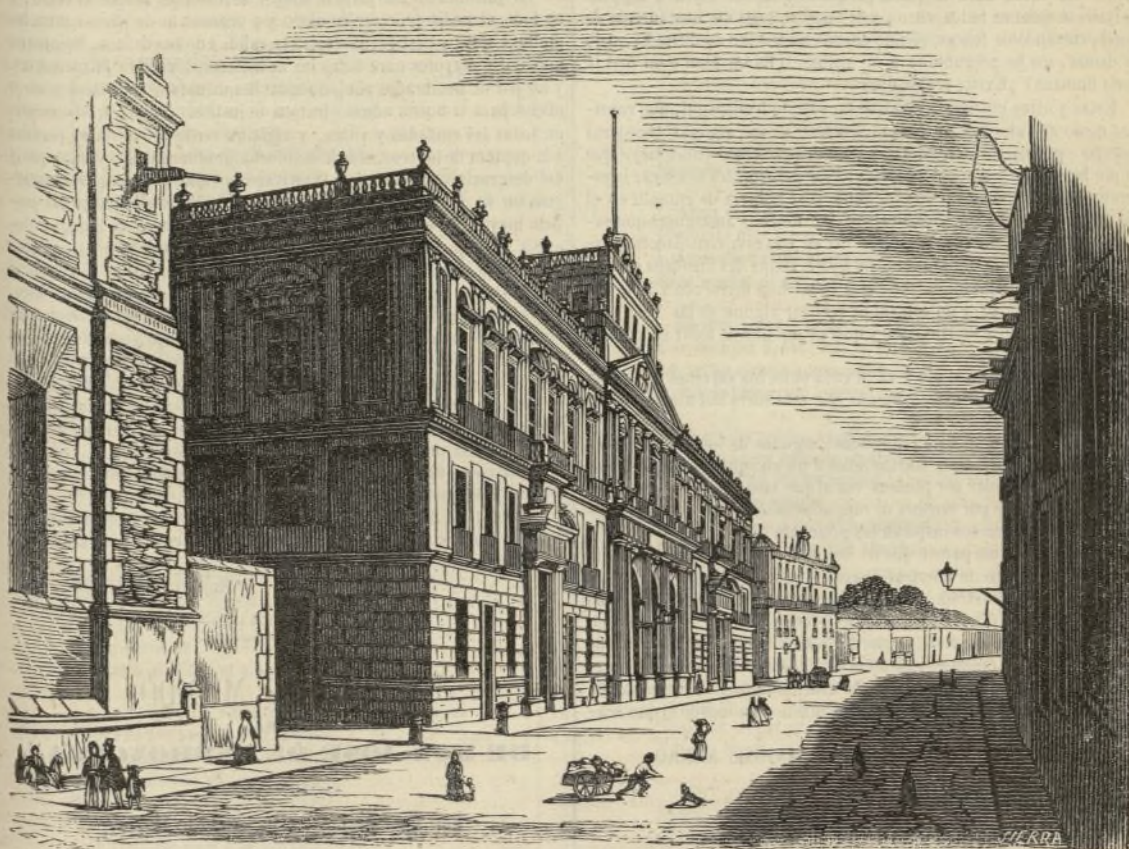
¡Dos años! ¡Si tú supieras cuántos sueños desvanecidos, cuántas dichas inesperadas ha tenido mi corazón en el que acaba de transcurrir!

Recuerdo muy bien que cuando comenzaba el anterior entré en sus dominios con paso firme y decidido, y animado por una multitud de risueñas esperanzas, que parecidas á una bandada de blancas palomas, veía yo revolotar por el cielo de mi imaginación. La secreta alegría que entonces me causó su vista se fué disipando insensiblemente al compás del tiempo que pasaba; y solamente de aquella multitud de tímidas aves, alguna que otra quiso bajar á reanimar con sus arrullos el desconsuelo de mi alma. Ahora que empieza uno nuevo vuelvo á ver

otras muchas que vienen á lisonjearme, si bien noto con cierta tristeza que no son en tanto número como entonces; al modo que entonces también lo fueron menos que el año anterior. No parece sino que día por día el espíritu se va cansando de alimentar quimeras que sospecha no ver realizadas; no parece sino que presiente que después de tanto anhelar y combatir por una dicha que se le escapa aquí bajo de entre las manos, ha de venir á reconocer su delirio en haber adorado profanos ídolos que á la larga han de ser derribados de sus pedestales.

En este año pasado, ó mejor dicho, en la mayor parte de mi vida hasta el presente, he aprendido muchas cosas duras para la juventud, pero no por eso menos ciertas. Son enseñanzas costosas que no se adquieren sino con lágrimas.

Para pagar el primer tributo indispensable á la edad, del cual no puede eximirse nadie que sienta palpar un corazón generoso y lozano, abrí mis ojos ante la muger, y creí ver en ella el cielo de mis esperanzas. ¡Qué purísima felicidad soñó mi fantasía ver realizada



(Palacio de la Minería en Méjico.)

entonces! Era una nueva perspectiva la que descubría; era un dilatado horizonte, que semejante á un mar sin riberas, se presentaba de repente ante mis ojos asombrados. El amor, esa divina cadena que enlaza el cielo con la tierra, llevome atado con flores á su carro de triunfo. Su llama poderosa que abrasa al joven, devora al hombre y enloquece al anciano, abrasó mi corazón. Lleno de un afán sin límites, empecé á prodigar mi incienso y mis adoraciones; pero no fueron comprendidas, ó fueron menospreciadas, y entonces, despertado de mi delirio por el dolor, conocí que había adorado ídolos, y que como tales no podían recompensarme locos sacrificios que no merecen ser formados de la tierra como nosotros. Y no quiero citarte esto como un acontecimiento extraordinario y digno de referirse: al fin no fué mas que uno de tantos poemas de dolor, uno de tantos dramas desconocidos como llenan la vida. Te lo digo únicamente porque he hecho la observación de que á casi todos los hombres y á casi todas las mugeres les ha sucedido alguna vez lo mismo, y este fenómeno significa mucho en el ser de la humanidad. Porque en efecto, si posible fuese penetrar en el santuario de todos los corazones, ¿no crees tú que encontraríamos en casi todos los que comprenden tan divino sentimiento alguna historia secreta, algún recuerdo doloroso, al menos de ilusiones disipadas, palabras vendidas, ofrendas inútilmente prodigadas?

Y esto, ¿á qué se debe? ¿Qué sello de dolor lleva impreso en su rostro el mortal que para tocar una felicidad haya de pasar antes por tantas amarguras?

Cuando el amor no ha satisfecho al hombre, á lo menos con toda la plenitud á que aspira y que entrevé, corre á la amistad como á un sentimiento mas apacible, si menos seductor ante sus deslumbrados ojos. Yo también, lo mismo que los demás, corrí á ella ansioso de llenar el vacío de mi corazón. Entonces vi que era en el mundo mas rara que el amor; no porque deje de haber almas generosas que la comprendan, sino porque escarmentado por sus anteriores desengaños, que son casi inevitables, está el hombre menos dispuesto á perdonar las faltas de los que hace objetos de su cariño; y porque algo tocado del egoísmo de su bien, no se halla ya tan dispuesto á prodigar sacrificios que sospecha ver pronto ó tarde mal pagados. Abiertos sus ojos por el dolor, nota hasta la mas ligera falta de sus hermanos; y este sentimiento suspicaz es un principio de disolución que rompe con frecuencia los lazos que le unen á la mayor parte de aquellos á quienes ha dado el grato nombre de amigos.

Aquí también, al recordar que he tenido que sufrir amargas decepciones de seres fraternalmente amados, considero del mismo modo que al hablar del amor, cuán pocos hombres habrá que no hayan la-

mentado desamparos y falsías de parte de aquellos con quienes dividieron sus duelos y sus felicidades. Tú mismo que eres tan bueno, yo mismo que me quejo con tal amargura, ¿podremos afirmar que siempre hemos correspondido á las personas que mas nos han amado? Sabido es que por lo regular todos nos inclinamos á devolver finezas por desvíos, á pagar el olvido ó la indiferencia con cariñosas demostraciones. ¡Qué imperfectos son todos nuestros sentimientos!

Pero observo que si voy á hablarte aunque no sea mas que ligera y vagamente de las muchas esperanzas burladas que cuenta el hombre en su pasado, y de las que, como parte de la humanidad, me ha tocado á mí un poco del desencanto, habré de necesitar mas acierto que el mío, y mas espacio que el que consienten estas descuidadas observaciones. A hacerlo, te hablaría de la reputación, de la gloria; de esos dos brillantes nombres que como soles purísimos resplandecen á los ojos de la juventud, y que resuenan en sus oídos como ecos de un lenguaje celestial que no comprendemos. También ha habido en mi pasado sublimes quimeras y ardientes aspiraciones; pero no porque hayan sido vanas para mí, sino porque al tocar de cerca á algunos mortales á quienes habia visto desde lejos velados en una aureola de gloria, creyéndolos felices, siendo cuando menos tan desdichados como los demás, me he preguntado á mí mismo: ¿Es un bien ó un mal la gloria humana? ¿Existe realmente?

Estas y otras muchas penas que he sufrido hasta aquí, que considero como del año que ha pasado, mezcladas con algunas lisonjeras alegrías: estas y otras interiores vicisitudes que comprendes mejor que yo por haberlas experimentado todas, no son bastantes á sofocar la esperanza que brilla en mi mente, como si se hubiera de cumplir en el año en cuya aurora nos encontramos. Por muchas amarguras que padezca el alma, ¿quién es capaz de borrar en ella esta consoladora palabra escrita sin duda por la mano de Dios? Todas las ilusiones que he visto disipadas, todos los castillos que se me han derrocado á leves soplos, no son nada para mí con tal de realizar alguna de las lisonjeras ideas que cruzan por mi fantasía, y que ya me parece locar en mi fascinación.

¿No es esto porque el alma va llevada entre los vaivenes de la vida á una fruición desconocida y soberana que está fuera del alcance de su imaginación?

Tales son, aunque mal expresados, algunos de los pensamientos que se me ocurren al dar el último adiós á un año que tantas cosas nos arrebató, y al saludar por primera vez al que tanto nos promete. Pero ¿no nos debe servir por ventura de ninguna enseñanza esta misma meditación natural que nos inspiran los presentes días?

Creo que sí, y me parece que no desconocerás que debe refrenar lo violento y estremado de nuestros deseos, si nos acordamos de cuantos nos hemos visto arrastrados en otros días, consumidos al fin en la mas estéril impotencia. Todas nuestras reglas de vida están contenidas en esta. Si el amor, la amistad, la gloria, la felicidad, están animados de su espíritu, no son entonces una mentira. ¡Ojalá cuando empiece á brillar el primer sol del año que seguirá á este, podamos con nuestra paz mostrarnos ricos frutos de la experiencia que nos ha legado el que acaba de desaparecer!

ANTONIO ARNAO.

PALACIO DE LA MINERÍA EN MEJICO.

El palacio de la Minería, cuyo grabado tenemos el gusto de ofrecer hoy á nuestros suscritores, es uno de los mas bellos edificios de la capital del que fué imperio de Motezuma. Aunque ha padecido bastante su parte exterior en los repetidos sacudimientos revolucionarios que ha presenciado la ciudad de Méjico, pues su situación lo ha hecho considerar siempre como un punto estratégico importante, se conserva en embargo en un estado, que en vano echamos de menos en otros edificios públicos mucho mas modernos de nuestro país.

En dicho palacio se hallan establecidas las escuelas especiales de minas de la República, los obradores de ensayos y copelaciones, y todas las oficinas de cuenta y razon relativas al que siempre fué, en tan desgraciado país, el principal ramo de la riqueza general. A él se llevan, después de fundidos los minerales que se extraen del suelo de la República, por cuenta del gobierno, y en sus espaciosos almacenes se encuentran las mas variadas, abundantes y ricas muestras de los tesoros que en la época de la conquista descubrieron los españoles.

Las operaciones de toda clase del célebre palacio de la Minería se hallan al presente poco menos que paralizadas, á consecuencia de las revueltas intestinas que trabajan sin descanso el sosiego del territorio mejicano.

EL JUSTICIA MAYOR DEL REY.

Era el oficio de los mas principales del reino, y de mas autoridad que los de camarero mayor del rey, almirante mayor de la mar, guarda mayor del rey, repostero mayor y adelantado mayor y notario mayor, por cuya razon el justicia mayor confirmaba antes que estos los privilegios rodados, poniendo su nombre al pié de la rueda é inmediato á ella, unas veces con título de justicia mayor en la casa del rey, ó de la casa del rey, ó en casa del rey, ó de casa del rey, y otras con el de justicia mayor del rey.

De lo que llevamos dicho se deduce que el citado oficio constituia dignidad ó prerogativa de Rica-hombria, porque los privilegios rodados solo los confirmaban los reyes, infantes, duques, condes, ricos-hombres, maestros de las órdenes, arzobispos y obispos, como dispone la ley 2.^a, partida 3.^a, título 18.

La jurisdicción del justicia mayor se extendia á todo el reino, y en todo él podia proceder de oficio y á pedimento de parte contra los malhechores, y castigarlos segun la calidad de sus delitos. Nombraba alguaciles mayores para todas las audiencias, consejos y chancillerías, y los por él nombrados ponian alguaciles menores, carceleros y otros oficios para la buena administración de justicia. Traia vara levantada en todas las ciudades y villas, y algunas veces concurría en persona á la captura de los reos, siendo de mucha graduación. Así vemos que la del desgraciado condestable D. Alvaro de Luna se ejecutó con intervención de D. Alvaro de Zúñiga, duque de Plasencia, como tal justicia mayor. De esta prision hace mérito Doña Teresa de Zúñiga, duquesa de Béjar, en cierta protesta que hizo en razon de dicho empleo que estaba vinculado á su mayorazgo de la casa de Béjar con licencia y aprobación de los reyes: *por muchos y señalados servicios, dice, que hicieron á los dichos reyes Diego Lopez de Zúñiga, primer fundador de dicha casa, y el conde D. Pedro, su hijo, y el duque Don Alvaro, su nieto, en la prision que como tal justicia mayor hicieron á D. Alvaro de Luna, maestro de Santiago, é condestable de Castilla, é conde de Santisteban, el cual prendió, é después fué degollado; la cual prision en aquellos tiempos ninguno otro se atreviera á hacer.*

El justicia mayor tenia de ración ochenta maravedís (4) cada día, y de salario, sueldo ó quitación, setenta y cuatro mil seiscientos setenta y seis por año.

Tales eran las prerogativas de un destino tan importante, que hace ya muchos años fué suprimido, perteneciendo por lo tanto solo á la historia.

REMIGIO SALOMON.

EL DIABLO MUNDO,

POEMA

DE DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

¡Ni es su luz la del mundo, ni sus días.
Marcados por el sol, con el sol mu- ren!
¡No la alegre mundanas alegrías!
¡Las tristezas del mundo no la hieren!
¡Y aquellas mas impías
Horas, que al mundo mas dolor trajeren,
Ser pueden para el alma, de contento
Horas de amor en su divino asiento!

¡Sea esta de abandono
Hora presente para mí, tornada
En hora alegre de cariño! ¡Sea!
¡Suba el alma á su trono,
Y en él se goce, con su hermana amada
Viviendo junta, y en la misma idea!

¡Que á mi alma, obediente,
Se abra á una nueva y milagrosa aurora
El seno del Oriente!
¡Que refresque mi frente

(4) El maravedí valia poco mas de siete cuartos de nuestra moneda si era nuevo, y si viejo el duplo.

El húmedo suspiro de las flores!
Sonó en mi alma del cariño la hora,
Vierta en el mundo claridad y amores!

¡Ven, alma amiga, ven! Al pensamiento
Ultimo que movió tu inteligencia,
Yo daré la espresion, mágico el viento
Con sonora cadencia,
Convertirá en palabra el sentimiento.
¡Yo escucharé y olvidaré tu ausencia!

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Con los cansados ojos
Levantados al cielo, ya del llanto,
Ya de cólera rojos,
La pobre madre, en tanto
Que nuestro Adán confuso la miraba,
Maldiciones ó rezos murmuraba
Al fin del sexto canto.

Y luego que del pecho
Así templó la agitacion, deshecho
Otra vez su dolor en llanto puro.
Corrió abundante hasta regar el duro
Ultimo y pobre lecho,
De oscuros y tristes ladrillos,
Donde á la luz de cirios amarillos,
En un ataúd fúnebre dormía
Su último sueño la infeliz Lucia.

¡Su último sueño!... ¿Adónde
Hoy la fuerza se esconde
Que ayer sus ojos á la luz abría?

¡Los ojos!... ahí estan!... el mismo velo
De pestañas finisimas los viste!...
¿Quién tornó en funerario terciopelo,
Su enamorada sombra? ¿Por qué, triste,
Muger hermosa, una honda pena inspira
Tan bella perfeccion al que hoy te mira?...

¡La belleza!... ahí está!... La forma hermosa
Conserva puro su ideal contorno!
¿Qué antipática niebla misteriosa,
Llorando de ella en torno,
Infunde al corazon glacial desvio,
Y en vez de anhelo amante y de ternura,
A la vista del goce y la hermosura,
Le hace sentir recogimiento y frio?...

¡Ah, en el último sueño, no, no duerme
El genio del amor y la belleza!
Muere el ingrato, y á la forma inerte,
Con impia aspereza,
Espone, abandonándola, al embate
Mortal, de ese veneno
Carcoma de lo bello, que en el seno
De la materia miserable, late!

¡La pobre forma hermosa! ¡Ay triste! ¡Aquella
Pureza tan cuidada, aquel concierto
Blando, de diferencias y armonia,
Caricia de la línea, tan bella!...
¡Aquel seno de vida y luz, abierto
Del alma á la admirada simpatía!...
¡Promesa tan feliz de eterna gloria!...
¡Copa divina que del cielo encierra
El sentimiento puro y la memoria
Y se los brinda á la sedienta tierra!...

¿Abandonada se verá?... ¡En despojos
De fealdad, su encanto convertido!...

Y sola!... que de horror la habrán huido
Sus amantes, los ojos!...

¡Pobre Lucia y sin calor! Ahora
Aun brilla en ti esa luz que el alma llora,
¡Misteriosa centella
De ternura y dolores!...
Que anima el rostro frio y sin colores,
De alguna triste que murió de amores,
Muger querida, abandonada y bella!...

¡En cuán breves instantes
Se apagará tambien, dejando oscura
Por siempre á la hermosura
Gérmen de amor y claridad en antes!...

La desdichada madre y sin consuelo,
Seca ya de las lágrimas la vena;
Ya estática y serena
Clavaba en su hija una mirada loca,
Ya se arrojaba al suelo,
Y el amado cadáver, con la boca,
Por besarle con ansia, acariciaba,
Dando un nombre querido
A cada hechizo amante y escondido
De la hermosa hija suya, que besaba.

Adán en tanto, con el alma absorta,
Presiente con horror, cual monstruo impio,
Un sentimiento que se pierde, aborta
Para ocupar el corazon vacío.

De hondísima afliccion, á su mejilla
Una lágrima brota, sola y lenta:
La compasion, en su mirada brilla,
A escena tan cruel, muda y atenta.

La madre triste, agradecida al grave
Dolor de aquel hermoso rostro amigo,
Se echó al fin en los brazos
De tan tierno testigo
De su cuita, y Adán á sus abrazos
Lleno de afecto se prestó suave.

¡Hay un Dios en el cielo,
Decía la infeliz, hijo del alma,
Que este instante de calma
Que me das compasivo, y de consuelo,
Bendice como yo! ¡Bendito seas
Tú que en mí, tan indigna criatura,
Como un ángel de Dios tanta dulzura
Y tanta buena caridad empleas!

¡Oh! ¡sé bueno hasta el fin, yo necesito
Hablar de mi dolor, hablar de mi hija!...
¡Hallar un corazon blando y bendito
Que con mi pobre corazon se alija!

¡El ángel de mi guarda, aquí á mi lado
Te envía á ti, buen jóven, en esta hora,
Porque ve cómo paga y cómo llora
Esta pobre muger lo que ha pecado!

(1) ¡Ven mas cerca de mí, mas cerca... ahora!...
¡Tú eres, oh jóven, mi mejor consuelo
¡Triste del alma cuando sola llora!...
Tú aun no has probado tan amargo duelo!

4. Las ocho octavas que van en letra bastardilla, son de los últimos versos que escribió Espronceda. Son las únicas que, gracias al cuidado de un cariñoso amigo que las guardaba, he podido hallar, de algunas, no muchas, que pudo escribir Espronceda en sus últimos últimos días, principiando este canto, del cual no habíamos hablado, y que al tiempo de nuestra separacion tenía solo dos octavas, ajenas del todo á la historia de Lucia. A los once días de mi salida de Madrid, murió Espronceda. El cariño es supersticioso y expansivo; ahora va á saber el lector el motivo de estos detalles y de esta nota. Concluida ya mi continuacion, cuando he encontrado este fragmento, he podido introducirle en el texto, sin quitar ni poner una letra en los últimos pensamientos del amigo querido, ni en los versos míos. Esta perfecta y misteriosa simpatía en la intencion, es para mí un gozo intimo inexplicable, que no será turbado en lo mas leve, por la idea que me asalta de la diferencia traidora que ha de nacer y alimentarse en el desempeño de la obra. No es el amor propio, es el cariño la inspiracion de mi canto, que mas que al público, va dirigido en ofrenda una sombra mas santa y mas querida de mi corazon que la de la gloria.

*¡Ojalá que con mano veladora
Tus pasos guie providente el cielo,
Y nunca aislado en tu dolor profundo,
Solo te mires en mitad del mundo!...*

*¡Solo!... ¡Si tú supieras qué amargura
Esta palabra encierra, llorarías!...
Mi abandono, mi mal, mi desventura
Y mi inmenso dolor comprenderías!...
¡A esa gente que en torno se apresura,
Qué le importan jamás las penas mías!...
¡Solo está el corazón, blasfeme ó llore,
Maldiga á Dios, ó su piedad implore!*

*¡Y yo mas sola!... Que el que á mi me vea,
A mí, maldita, á mí, ciego del mundo,
Segura estoy de que en mi pena crea,
Ni compadezca mi dolor profundo!...
¡No me verá ninguno, sin que sea
Para tratar como á animal inmundado,
A esta pobre muger, que esconde herida
Un alma solitaria y dolorida!...*

*¡Dame tu mano, déjame, hijo mío,
Que la bañe en mi llanto y que te mire,
Y te llame mi hijo, y que en mi impio
Tormento, contemplándote respire!...
¡Tú eres bueno, tú lloras, y desvío
¡Ah! no me muestras, deja que delire
Y me llame tu madre; y no te infame,
Que una muger tan vil, su hijo te llame!...*

*¡Quién eres tú, que á descifrar no acierto,
Jóven, de tus palabras el sentido!
¡Cómo presumes tú dar vida á un muerto,
Ni hablar con Dios, si el juicio no has perdido!...
Si en medio á tu lenguaje y desconcierto,
No respirara un corazón herido,
Creyera acaso que con burla impía
Viniste aquí á mofar de mi agonía!...*

*¡Ah! ¡que estoy ya tan azezada á eso!...
¡A causar risa con mi amargo llanto!...
¡A llevar sola y de continuo el peso
De mi arrastrada vida y mi quebranto!...
¡A ser juguete vil, del que en su exceso
Desprecia y escarnece dolor tanto!...
¡Que si tu voz de mi también mofara,
Ni me doliera mas, ni me estrañara!...*

*¡Ni qué burla tampoco ya podría
Herir mi alma de amarguras llena!...
¡Ahora que agota en mi la suerte impía
Su rabia, y la esperanza me envenena!...
Ahora que te perdí ¡dulce hija mía!
Habrá pena tal vez que sea pena,
Ni otro mayor pesar, ni otro quebranto
Para tu madre, que te amaba tanto!...*

*¡Oh, no! ¡ninguno!... que, ningún tormento
Cabe en mi pecho ya, ni nunca impio
Sentimiento, igualó á mi sentimiento,
Ni otro ningún dolor, al dolor mío!...
Mas, tú lloras, oyendo mi lamento,
Lloras mirando su cadáver frío!...
¡Dios te bendiga, oh jóven, que la queja
Oyes piadoso, de esta pobre vieja!...*

*¡Escúchame por Dios! tu piedad nueva,
Si no mi mal, la innecesaria suerte
De esa niña infeliz, que se me lleva
De entre estos brazos débiles, la muerte!*

(Continuará.)

LOS GUAJIROS.

Una vez puesto en camino, el guajiro va de ingenio en ingenio, de cafetal en cafetal; vende sus frutos, cobra sus fondos, y vuelve á comer con su familia un excelente ajiao acompañado de bananas

fritas y otras legumbres; acabada la comida, le traen una baraja y granos de maíz que le sirven de fichas, y juega con sus compañeros y vecinos, saboreando mientras la partida delicados cigarros elaborados por su muger, por su hija ó por su querida. Cuando se cansa de jugar, monta otra vez en su caballo, y se dirige acompañado de sus dulces pensamientos, iluminados por los últimos rayos del sol, á la puerta de su guajira, la cual, vestida de blanco y con una flor colocada con coquetería sobre su oreja, le acecha, le mira y le sonríe desde lejos.

Lo que mas quiere el guajiro, después de su amada, es su caballo y su machete. El uno es el alma de su vida vagabunda, el que le conduce al baile, á los reñideros de gallos y á las citas de amor. El machete es, además de un objeto de lujo, un arma indispensable para su defensa; porque el guajiro riñe muchas veces en singular combate con sus rivales al salir del baile, con los ladrones y con las jaurías de perros que encuentra en el patio de su amada.

El baile de los guajiros es sencillo y ardiente como su vida; dos personas, hombre y muger, empiezan este baile, que consiste en un paso sencillo marcado enérgicamente de tiempo en tiempo por patadas en el suelo, que llevan el compás de la música, que es tambien muy sencilla y cadenciosa. ¡Cuánta pasión hay en los ojos y en las actitudes del guajiro! ¡qué agradable sencillez en las posturas de la guajira! Sus manos sostienen ligeramente por ambos lados los pliegues de su vestido echándolo hacia adelante. El guajiro, con los dos brazos atrás, con la muñeca izquierda agarrada con la mano derecha, los ojos vivos y la actitud fiera, se adelanta hacia la muger, que se va retirando hasta que al fin la alcanza; entonces finge retirarse, y es perseguido á su vez por su compañera, hasta que al fin se juntan y el baile toma un carácter delirante que dura hasta su conclusion. Los bailarines no se detienen nunca hasta que los espectadores observan su cansancio y son reemplazados por otros; pero los primeros no dejan de bailar sino uno después de otro á compás, y sin que la música cese. Por lo general, el hombre es reemplazado muchas veces antes que la muger.

Para hacer una declaracion de amor, el guajiro lia una sortija en alguna décima, y hace de manera que el objeto de su amor se la encuentre debajo de la almohada. Si la jóven aparece por la mañana con la sortija en el dedo, el amante se cree correspondido, y desde entonces se ocupa esclusivamente de ella, y pasa muchos dias y noches cantando debajo de su ventana hasta que ella baja á abrirle la puerta; es necesario advertir que á veces se lleva noches y noches cantando, sin conseguir ni este pequeño favor.

Después de sus queridas y de sus caballos, lo que ocupa mas esclusivamente al guajiro son los gallos y los perros. La belleza de los primeros, y la esperanza de verlos un dia vencer á sus rivales en la lucha, le llenan de orgullo como si fuesen sus compañeros; y cuando tiene su gallo favorito en las manos, cuando le abre el pico para ver si su lengua es sonrosada, cuando prueba la fuerza de sus espolones en sus propias manos, es necesario ver su sonrisa de triunfo para convencerse de la importancia que da á esta diversion. El guajiro cuenta la genealogía de su gallo, la pureza de su sangre, las proezas de sus abuelos, su educacion y la certidumbre que tiene de que el animal ha de vencer á su contrario. En seguida monta á caballo con todo el ardor del sol, con su quita-sol en una mano y su gallo en la otra, y se marcha alegremente á la pelea, que suele ser á cuatro ó cinco leguas de distancia.

El hombre salvaje tiene frecuentemente por auxiliar á la raza canina; porque allí donde la ley es la fuerza, el perro es una salvaguardia, no solo contra la ferocidad de los animales, sino tambien contra los ataques de los hombres. En el interior de la isla de Cuba se encuentran manadas de mastines aguerridos y temibles: así es que el guajiro se hace seguir de su trailla á los desiertos para defenderse, librando con ella unas veces su vida y esponiéndola otras por salvar la de los perros.

El montero ó guajiro de Cuba tiene los mismos instintos y el mismo valor indómito y salvaje que el de los abrasados hijos de los desiertos del Africa, aunque suavizados por todo lo que hay de dulce, tierno y poético en el carácter criollo. Se encuentra en ellos el ardor entusiasta y la galantería caballeresca de los africanos; pero modificadas estas cualidades por la indolente alegría, la dulzura de costumbres y de temperamento que la hermosura del clima, unida á la prodigalidad de la naturaleza, inspira á los habitantes de aquella tierra de promisión.

En Puerto-Rico y en otros puntos de América, llaman gíbaros á estos monteros; pero su traje, costumbres é inclinaciones varían muy poco, cualquiera que sea el punto de su naturaleza.

Director y propietario D. Angel Fernández de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.